



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 25 DE ABRIL DE 2021

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Pasado y futuro, los tiranos del presente

REGRESO A LA UNIVERSIDAD
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Me han dicho que debo regresar a la universidad a terminar la carrera que dejé inconclusa, que es la única manera en que puedo mantener mi trabajo. De otra manera, seré despedido del gobierno. Con la pandemia, no sería fácil encontrar otro empleo. Y aunque solo me faltaba un semestre, no entiendo nada de los temas actuales. A los treinta años, voy a tener que reaprenderlo todo: cálculo diferencial e integral, lenguajes computacionales que no existían en mis tiempos, softwares que son nuevos y otros tantos temas sobre presentaciones, diseños gráficos y vídeos.

Me siento atrapado en un túnel en el que alcanzo a ver una luz al final, a seis meses de aquí, pero cuyo trayecto, de pronto noto, se va alargando a medida que camino, crece a lo largo mientras doy pasos, los cuales comienzan a volverse lentos. Pero no tengo otra opción más que estudiar, no cuento con auto para convertirme en taxista, ni existen periódicos que se vendan ya en las vías; y me siento débil, sin fuerzas para cargar ni siquiera una olla de tamales a la esquina. Mi trabajo es lo único que me libera de la posibilidad de andar pidiendo dinero en esta vida.

Arribo al campus de la universidad y observo el transitar de su gente. Me veo en el reflejo de una ventana del salón de clases. Y ya no tengo treinta, sino cuarenta años. Los profesores son de mi edad o más jóvenes, bien vestidos; y los alumnos, unos niños. Mi situación es un espanto. Es como si hubiese un grafiti interminable dentro del túnel que, para comprenderlo, requiero viajar varios siglos al pasado y estudiar jeroglíficos egipcios. Me quedaré andando dentro de las pirámides hasta morir. Tal vez sea mejor que cometa algún delito y me deje atrapar, para que el Estado se haga cargo de mí.

En clase, los avances en las ciencias computacionales van mucho más de prisa de lo que yo puedo absorberlos. Me piden que lo domine todo, que no hay lenguaje de programación que pueda omitir. Y la mente ya no me alcanza; estoy saturado. Vuelvo a mirarme en la ventana, y ahora tengo cincuenta años. Huyo del salón a los pasillos y me siento como si caminara en un desierto poblado, donde cada uno avanza; pero me van dejando solo, atrás. El sudor de mi rostro entra por mi boca. Pronto moriré de sed. Jamás podré volver a lo que era el estado de mi vida, como la vivía antaño. Siento un mareo...

Abro los ojos y me encuentro en una celda. ¿Cometí un crimen? ¿Estoy en el hospital de la universidad? Noto un espejo en la pared. He envejecido aún más. Detrás de mí, el demonio me observa con su sonrisa llena de sarcasmo. Me he perdido y ni siquiera ha sucedido mientras intentara conquistar al mundo. Lo único que deseaba era sobrevivir, aprendiendo; intentando mantener una libertad que ya poseía a medias, porque trabajaba todo el día. Ahora, he quedado atrapado en un lugar que me sofoca hasta las tripas y me



entorpece, que me impide pensar.

Intento levantarme. Me he vuelto aún más lento. Y al parecer, quedaré solo en este calabozo. Entre ratas, moriré sin despedirme de los seres que más quiero. Nadie sabe que me encuentro aquí. Mis movimientos son cada vez más lentos. Me convertiré en una estatua. Poco a poco dejaré de moverme hasta quedarme quieto entre los muros, imposibilitado para aprender. Recuerdo que: solo aprendiendo podría recuperar mi vida y movilidad.

La mente me advierte que pronto aparecerá otro ser, doble mío, más joven, engañando a todos, haciéndolos creer que sigo vivo, mientras mi cuerpo se pudre en esta oscuridad. Mi doble perderá su tiempo paseando por los patios de la universidad, sin entrar a clases, sin aprender: lo que significaría la salida para mí.

¿Por qué no pude conformarme con mi libertad pidiendo dinero en las calles? El objeto malicioso que me trajo hasta aquí fue mi mente. ¿Cómo puedo deshacerme de ella, sin morir? Necesito tomar alguna pastilla que la engañe. O quizás deba conjurar fantasmas, o un espíritu que me posea y cambie mi forma de pensar, que me libere y devuelva al lugar de donde vine. Veo mi rostro en el espejo y se ha vuelto el de un hombre de setenta años. Batallaré más para aprender.

De pronto: veo un destello y despierto de la pesadilla. La carrera de sistemas, que tanto deseé en mi juventud, nunca se quedó incompleta. Respiro agitadamente, pero libre, sobre mi propia cama. Veo una fotografía al lado, en la mesa de cama. son mis hijos y mis nietos que ven-

drán hoy domingo a visitarme. Conversaremos en libertad. Pero dirán: "Abuelito, abuelito, cuéntanos un cuento".

Aunque no existe necesidad de tener que aprobar exámenes y sigo en casa, ahora estoy jubilado y recibo una pensión. Parece que esta pesadilla por fin dejará de perseguirme: ahora que he cumplido los setenta años.

VOLVER A LA SECUNDARIA
OLGA DE LEÓN G.

En aquellos años últimos de la década de los cincuenta habíamos llegado a radicar a Reynosa, veníamos de Matamoros, aunque mis padres, el mayor de mis hermanos varones y yo habíamos nacido en Monterrey. Reynosa se nos metió en el corazón y aún llevamos en él y en la mente bellas memorias de los años allí vividos

Es una vieja historia y solo puedo decir que como nunca fui ni chismosa ni traidora, si sabía de algunos comportamientos inmorales o indebidos en otros compañeritos de mi primaria y secundaria, me quedaba callada.

Realmente yo no me sentía dominada, pero mi amiga no tenía otras amistades, por lo que siempre me buscaba y procuraba que hiciéramos todo juntas. Me daba un poco de pena que nadie la quisiera. Ambas fuimos excelentes alumnas, por eso algunos profesores nos confiaban el pasarles las calificaciones del grupo, en sus listas. ¡Grasso error! A ella no le temblaba la mano para alterarlas y poner otras notas, además, desde luego a ella misma, si no tenía el 10, se lo adjudicaba.

Tenía trece años cuando alguien me

vaticinó que jamás sería libre e independiente, si no me alejaba de esa amistad. Fue mi maestra de dos cursos: Geografía, Dibujo y manualidades. Ella era una señora de bajita estatura, muy blanca y con el cabello corto rizado y canoso, casi blanco: no se lo teñía, a pesar de no ser realmente muy mayor, andaría por los cuarenta y cinco.

Pero esas acciones, y sobre todo la opinión de mi maestra de Geografía, me determinaron a darle la razón a ella, la Sra. Garrido. Durante el tercer año, yo ya sentía la asfixia de esa amistad y como la educación me contenía, seguía aguantándola... Así que, al mismo tiempo, empecé a trabajar con mis padres la idea de irme a estudiar la preparatoria a Monterrey.

Conseguí no sin insistencia y muchos ruegos que mi padre me concediera venirme a estudiar el bachillerato en la UANL. Un mundo diferente me esperaba acá. No sabía si mejor o no, que en el que había vivido en Reynosa. Pero sí abismalmente avanzado, más abierto y menos sumiso y conservador, más libertario.

Un día, cuando cursaba el segundo año de Filosofía, en la facultad de Filosofía y Letras, sufrí una alucinación de ojos abiertos y totalmente despierta. Teníamos una de esas clases aburridísimas, en donde nada se aprendía del profesor, aunque él se esforzara, pero solo lograba que más de uno se durmiera o saliera de la clase por media hora, al menos. Esto fue lo que a mí me sucedió esa tarde de verano:

No sé explicar cómo pasó, pero yo no estaba en el salón de la clase de... sino en Reynosa, en mi Secundaria José de Escandón. Sí, un cuerpo igual al mío seguía allá en Ciudad Universitaria, pero estaba vacío. Yo me había traslapado por una coordenada invisible a la secundaria. Y, lo sé de cierto, porque años después, aquella compañera que hasta terminar su preparatoria vino a estudiar a Monterrey, a la facultad que estaba al lado de Filosofía, ella me contaría lo feliz que se puso de volver a verme afuera de la Secundaria, justo ese día que tuve tal evento fantástico; viajé a través del tiempo y del espacio, sin necesitar de mi cuerpo, pero sin perder ni figura ni esencia.

Y, ¿a qué volví a mi secundaria, si ya me había liberado de lo que me ataba y maniatada? Nada menos que a decirle a la Señora Garrido que tenía razón en su percepción sobre mi sometimiento dócil a la compañera dominante y absorbente. Fui a agradecerle que se hubiese atrevido a hacerme sufrir por un momento, con la crudeza de sus palabras, pues eso me abrió los ojos y miré más alto: me vi fuera de mí misma... y en aquella época no me gustó lo que vi.

Hoy soy tan diferente que casi nada ni nadie logra que calle lo que siento que debo gritar. Y, grito cuando tengo ganas de hacerlo solo para recordarme que soy yo misma, pero con otra voz y voluntad férrea por lograr lo que vale la pena proponerse alcanzar... sin gritos, con razones. Nunca serán vanidades, ni nimiedades.



William Cowper

William Cowper no es un nombre muy conocido entre los himnos en español, sin embargo, al menos dos de sus himnos han sido traducidos al castellano y han gozado de gran popularidad: "De maneras misteriosas" y "Hay una fuente sin igual", y es por esto que lo estamos incluyendo entre los autores de himnos en esta página.

William Cowper nació el 26 de noviembre de 1731, en Berkhamsted, Inglaterra, un lugar de mucha tradición histórica inglesa.

Tal era su amor por su madre que casi 50 años después que falleciera, escribió, "no hay una semana (podría decir incluso que no hay un día), en que no piense en ella. Tal fue la impresión que su ternura y compasión causó en mí, a pesar de que el tiempo que tuvo para demostrármelo fue bastante corto".

La vida en la escuela fue muy difícil. Sobre esta etapa de su vida escribe: "las dificultades eran muchas, y se hacían más patentes por ser tan diferente a la ternura con que había sido tratado en casa. Pero mi mayor afición era un muchacho, de unos 15 años de edad, que decidió usarme a mí como el objetivo de todo su rechazo y persecución. Lo que más veía de él eran sus zapatos". Era su primera escuela. Allí estuvo por dos años y, a pesar que su siguiente experiencia en la escuela, en Westminster, fue mejor, esa primera dejó una marca imborrable.

Varias veces intentó suicidarse de diferentes maneras, pero sin éxito. Sus caídas en la depresión lo hicieron muy dependiente de sus amigos e incluso, le llevó a tener que estar internado en más de una oportunidad.

Conoció a Morley y Mary Unwin, quienes fueron de mucha ayuda para él. Se mudó con ellos a Olney, Inglaterra, donde también conoció al predicador Juan (John) Newton, quien fuera un antiguo capitán de un barco de esclavos y también escritor del conocido himno "Sublime gracia del Señor" (Amazing grace! How sweet the sound). Newton también influyó positivamente en William así que, juntos publicaron un himnario muy utilizado en su época, llamado Olney hymns, publicado en 1779.

En varias ocasiones, un evento negativo en su vida cobraba una magnitud abrumadora que le causaba tener otro episodio de severa depresión. Sin embargo, cuando leemos sus himnos, podemos notar el consuelo y el profundo significado en sus himnos. Lo que le ayudaba en sus momentos de gran tristeza era su confianza en Dios.

Además de sus muchos himnos escritos en inglés, también escribió excelentes poemas sobre otros temas de la vida, incluyendo un famoso poema a favor de la abolición de la esclavitud (The Negro's Complaint). También tradujo la Iliada de Homero y la Odisea al inglés.

Murió el 25 de abril de 1800 en East Dereham, Inglaterra. Fue reconocido como el mejor poeta de su tiempo.

*ad pédem literae**No hay camino para la paz, la paz es el camino*

Mahatma Gandhi

Letras de
buen humor*Cuanto más se envejece más se parece la tarta de cumpleaños a un desfile de antorchas*

Katharine Hepburn

David Huerta

Dos tumbas

En un cementerio de París, el de Montparnasse, están las tumbas de Charles Baudelaire y de Porfirio Díaz. La coincidencia siempre me ha llamado la atención. Me parece una extraña cohabitación, no menos extraña que este hecho: casi no hay visitante de la tumba de Díaz que no encuentre en ese lugar ramilletes de flores frescas, depositadas ahí en homenaje al "héroe del 2 de abril", al artífice de la paz mexicana de cuatro décadas. Ese homenaje cotidiano se cumple siempre, no importa lo que haya sido el gobierno de Díaz, la Dictadura por antonomasia en México: el precio de la Pax Porfiriana lo conocemos todos: explotación, entreguismo, abusos, represión de los trabajadores.

Hay porfiristas aún, entusiastas y llenos de admiración por aquel oaxaqueño taimado, astuto y voluntarioso.

El espíritu de Baudelaire era lo contrario del espíritu de Díaz, en todos sentidos. El poeta nació hace 200 años, el 9 de abril de 1821, y su herencia está vivísima. Si bien su obra se ha convertido en clásica, esa condición no la ha condenado al mármol inaccesible e inerte de tantas otras. Famosamente, Victor Hugo elogió el libro más conocido de Baudelaire, con una frase en la que cele-

braba que el poeta hubiera creado "un estremecimiento nuevo".

El afrancesamiento del régimen de Díaz implantó en México una moda de imitaciones del mismo signo en muchos ámbitos: el urbanismo, el diseño arquitectónico, la ropa, la literatura. En la poesía, la gravitación francesa contribuyó a la "liberación" del casticismo español y ayudó a la independencia en ese terreno.

Podría discutirse si, en el ámbito de la cultura, la elección de Francia en menoscabo de España era necesaria. Lo cierto es que los mejores aprendieron la lección; el primero de ellos, de este lado del Atlántico, el inmenso nicaragüense Rubén Darío.

Ser "un afrancesado" ha sido motivo de escarnio; esa descalificación se parece a los insultos de ahora, que no voy a poner aquí; uno de ellos —de los más socorridos— proviene de un cuento de Guy de Maupassant.

En unos versos famosos, Ramón López Velarde evoca sus años de inmadurez, su condición de seminarista, y añade que entonces vivía "sin Baudelaire, sin rima y sin olfato". Luis Vicente de Aguinaga encontró y comentó con brillo la fuente de esos versos. De



Aguinaga es uno de los estudiosos que este año están haciendo contribuciones formidables al estudio de la López Velarde; otros nombres: Fernando Fernández, Ernesto Lumbreras, Carlos Ulises Mata. Uno de los decanos de esos estudios, el poeta Marco Antonio Campos, publicó hace poco un libro sobre el poeta jerezano. Otro decano,

Guillermo Sheridan, es el autor de la espléndida biografía Un corazón adicto, que dio a conocer hace más de tres décadas.

Las tumbas de Porfirio Díaz y Charles Baudelaire se hallan relativamente cerca una de otra. En esa contigüidad veo una cifra de las relaciones, siempre problemáticas, entre la historia y la poesía.